

# Una nación secuestrada. Imaginarios sociales ciudadanos y los escenarios de la violencia en el México de nuestros días

Carlos Pérez Zavala\*

En este ensayo se plantean básicamente dos preguntas: ¿Cuál es el papel de los ciudadanos en estos escenarios catastróficos de nuestro presente? ¿Cómo intervienen en este proceso las significaciones imaginarias que los ciudadanos han construido como resultado de vivir estas nuevas experiencias? Una vez que podamos responder a estas preguntas, habrá que enfrentar la inevitable cuestión: ¿Qué es lo que podemos hacer los ciudadanos en este clima de descomposición social?

**E**n los últimos meses hemos presenciado y padecido un exacerbamiento de las múltiples crisis por las que atraviesa nuestro país, y también hemos sido testigos de las diversas acciones y reacciones de los actores sociales en nuestra sociedad ante este escenario.

Si bien el recuento de las malas noticias podría ser interminable, creo que es necesario mencionar algunas de las más importantes para contar con una plataforma que nos permita construir un punto de partida. En este ensayo se plantean básicamente dos preguntas: ¿Cuál es el papel de los ciudadanos en estos escenarios catastróficos de nuestro presente? ¿Cómo intervienen en este proceso las significaciones imaginarias que los ciudadanos han construido como resultado de vivir estas nuevas ex-

periencias? Una vez que podamos responder a estas preguntas, habrá que enfrentar la inevitable cuestión: ¿Qué es lo que podemos hacer los ciudadanos en este clima de descomposición social?

Una tras otra se han ido sumando en los últimos años infinidad de desgracias que hacen al México de nuestros días una olla de infortunios. Las crisis políticas, el aumento de los índices de la violencia, la disputa de cuotas de poder por diversos grupos políticos y la batalla en contra de la delincuencia organizada, han prefigurado un escenario complejo y difícil de controlar por las autoridades en turno. Por si fuera poco, en los últimos meses se ha sumado la crisis económica mundial que afecta inevitablemente a nuestro país, y aunque aún no conocemos el tamaño de los daños que se perfilan para los próximos años, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) calcula para México –en

su informe anual 2009– una contracción negativa del orden del 7%<sup>1</sup>.

En medio de esta serie de desgracias aparece el brote epidémico del virus de la influenza humana, que lamentablemente ha costado la vida de decenas de mexicanos en los últimos días. Las pérdidas humanas han estimulado el acrecentamiento del miedo y de la inseguridad en el resto de la población, y sus efectos para la vida social han sido devastadores. Aunque ha terminado el estado de emergencia decretado por las autoridades nacionales, el virus no sólo está presente, sino que se ha difundido por todo el mundo, al grado de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró el 11 de junio del año pasado que la influenza humana había escalado hasta el nivel 6, que significa una pandemia<sup>2</sup>. Así, como una especie de maldición, se suman

\* Profesor-Investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

<sup>1</sup> *La Jornada*, 16 de julio del 2009, p.1.

<sup>2</sup> *La Jornada*, 12 de junio del 2009, p. 1.

irremediamente todos estos factores que prefiguran un panorama desolador para nuestro país, y que nos colocan en un escenario que nos hace dudar de nuestra propia existencia como nación.

Desde una lectura menos coyuntural podemos decir que los males de origen radican sin duda en el propio sistema político y en el proyecto económico vigente. Si bien tendríamos que remontarnos varias décadas para entender cómo se ha ido fraguando la descomposición del aparato político y de los sistemas de gobierno en nuestro país, tal vez sería conveniente recordar que es a fines de los años ochenta cuando se gestan los problemas que hoy nos aquejan. A partir de la elección fraudulenta de Carlos Salinas de Gortari, observamos la ingerencia desmedida y cínica de un grupo político que va ganando posiciones y poder desde aquellos años, y con la presidencia consolida alianzas y compra voluntades que hasta el día de hoy estamos padeciendo. El fraude electoral de 1988 es tal vez el inicio de una nueva etapa de descomposición del sistema. Los asesinatos de opositores y de miembros disidentes aún del propio PRI, la impunidad, la violencia política y la voracidad pecuniaria son las formas en que opera esta camarilla que desde aquellos años establece ciertos acuerdos inconfesables con los grupos de poder.

La hipótesis que señala la existencia de una conspiración por parte de estos grupos de poder que surgen desde aquellos años y que aún en nuestros días siguen manejando los hilos del poder en México, no es sólo una idea de Andrés Manuel López Obrador. Si consideramos seriamente las alianzas políticas en los últimos años, tal vez no es tan descabellado pensar en que existe un grupo consolidado de selectos personajes —tanto del PRI como del PAN— que decide prácticamente todos los asuntos centrales y que tiene alianzas con otros actores para preservar sus cuotas de poder en nuestro país.

En estos días, las piezas del rompecabezas van apareciendo una a una para poder hacer una lectura documentada de los orígenes de esta profunda crisis política, económica y social que padecemos en la actualidad. En fecha reciente tuvimos la oportunidad de escuchar en la voz de un expresidente el recuento de los escenarios que dieron lugar a una embestida brutal de un cierto grupo de intereses que incluye políticos, empresarios y delincuentes. La extraordinaria entrevista que realizó Carmen Aristegui a Miguel De la Madrid abrió una discusión que se había mantenido en reserva, y al mismo tiempo nos permitió constatar el enorme poder que todavía goza Carlos Salinas de Gortari<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> *El Universal*, 13 de mayo del 2009, p. 1.

En sintonía con lo expresado por De la Madrid, otras voces han insistido en la hipótesis de la existencia de complicidades inconfesables entre los líderes de los principales partidos políticos (PRI y PAN). Para una historia escatológica de estos hechos, habría que leer los textos de Carlos Ahumada (*Derecho de Réplica*, 2009), Luis Carlos Ugalde (*Así lo viví yo*, 2009), Manuel Espino (*La señal de alerta*, 2008) y otros, con la sospecha de que si bien aportan nuevas piezas al rompecabezas, hay que tomar en cuenta que al denunciar a sus cómplices no buscan hacer pública una verdad, sino sobre todo defender sus intereses.

Con todo, gran parte de la recuperación de estas piezas del rompecabezas se las debemos a algunos periodistas que han sido testigos relevantes en esta reconstrucción de los hechos, y que han investigado los hilos del poder en México y en el proceso han aportado datos muy valiosos.

Es decir, es necesario reconocer que debemos mucho a los periodistas valientes y decididos a investigar hasta el fondo los pormenores de una radiografía política de los principales actores de este desastre. Desde los años ochenta Manuel Buendía, en su afamada columna política “Red Privada”, nos hizo conscientes de la existencia de un poder paralelo que aparecía como una fuerte amenaza para la existencia de una mínima gobernabilidad. Es decir, fue él, antes de ser asesinado arteralmente el 30 de mayo de 1984, uno de los primeros analistas que escribieron sobre las relaciones entre los grupos de poder político y la delincuencia organizada. Por él sabemos que la presencia de los cárteles de narcotraficantes en México tiene una larga historia, y es tal vez desde aquellos años en que se originan los acuerdos y negociaciones de los cárteles de la droga con fuerzas políticas, que les permitieron operar con impunidad y con un bajo perfil.

Sin embargo, parece que en los últimos años se han intensificado las operaciones de la delincuencia organizada y al mismo tiempo han aumentado sus cuotas de poder y, en los hechos, se han apoderado de gran parte del territorio nacional. Parece que han aprovechado los vacíos de poder que las autoridades políticas han generado a partir de su escasa legitimidad.

Bajo el abrigo de las instituciones encargadas de la seguridad del propio Estado, con la protección de funcionarios públicos y con la complicidad de no pocas altas autoridades gubernamentales, tiene lugar un desproporcionado crecimiento de las actividades delictivas de los narcotraficantes en nuestro país. El enriquecimiento desmedido y la acumulación de poder tienen nombres y apellidos<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Véanse números especiales de la revista *Proceso*. “El México narco”. Ediciones especiales, núms. 24 y 25, año 32, julio del 2009.

Otro momento significativo de esta descomposición social hay que fecharla también en el año del 2006, porque es entonces cuando tiene lugar otro fraude electoral que provoca una respuesta vigorosa de la sociedad civil y que marcará la cultura política de amplios sectores sociales de manera inexorable. Desde esa elección fuertemente cuestionada por amplios sectores sociales hasta la fecha, hemos sido testigos de un proceso acelerado de rupturas, desencantos y quiebres del sistema político que nos colocan al borde de la ingobernabilidad. De la ausencia de figuras legítimas y con capacidad de gobierno se desprenden muchas de las debilidades que ahora son tierra de cultivo para muchos otros problemas.

Por ello no podemos dejar de relacionar estas condiciones para explicar el resurgimiento de altos niveles de violencia en nuestra sociedad, y en consecuencia un escenario nacional caracterizado por el miedo como dispositivo que genera una parálisis en los movimientos sociales y en las actitudes combativas de la ciudadanía. El miedo como obturador de la crítica a los actores políticos incapaces y corruptos que se esconden debajo del manto de la impunidad. El miedo a la guerra sin cuartel que se escenifica todos los días en varias ciudades de la República Mexicana. El miedo de reconocerse como un país en el que las muertes violentas alcanzan niveles sin precedentes y afectan a casi todos los estados de la República Mexicana. El miedo que crece inexorablemente y que alcanza a la mayoría de los ciudadanos que empiezan a tener temor de salir a la calle, de ser secuestrados, extorsionados, torturados o asesinados, ya sea por los bandos de la delincuencia organizada o por las propias autoridades militares.

No podemos dejar de mencionar el dato proporcionado recientemente por la Comisión Nacional de Derechos Humanos acerca de que en este sexenio se han registrado más de 1600 quejas en contra del ejército por delitos de suma gravedad, que van desde detenciones arbitrarias hasta privación de la vida<sup>5</sup>.

El 9 de julio del año pasado, el diario *Washington Post* publicó un reportaje en su primera plana en donde se acusa al ejército mexicano de cometer “desapariciones forzadas, actos de tortura y redadas ilegales en su búsqueda de traficantes de drogas”<sup>6</sup>.

La posición del Congreso norteamericano está orientada hacia el condicionamiento del 15% de los fondos del Plan

Mérida si se comprueban dichas acusaciones. Sin embargo, la postura del Ejecutivo en el país del norte ha sido más condescendiente con las autoridades mexicanas tal vez porque ellos sienten que este problema del aumento de las actividades delictivas está relacionado con el papel que representan los grandes consumidores de estas sustancias en Estados Unidos.

El hecho es que desde que Felipe Calderón decidió sacar el ejército a la calle, casi desde el principio de su gestión con la intención de combatir a los cárteles de narcotraficantes, se hicieron evidentes al menos dos consecuencias: por una parte el Estado se muestra incapaz de combatir al crimen organizado eficazmente, y eso no sólo por la fuerza que los diversos cárteles han mostrado a lo largo y lo ancho del territorio nacional, sino por la vulnerabilidad de las estructuras de procuración de justicia y aparatos policíacos que han sido desde hace varias décadas infiltrados por el narco. El otro efecto es el que culmina con la aparición de un clima de violencia incontenible que impacta no sólo a los actores principales de esta batalla, sino a la sociedad en su conjunto. Sabemos por medio de la Comisión de Derechos Humanos que tan sólo en 2008 y 2009 han muerto 14 mil personas, y fue provocado por la presencia de la delincuencia organizada<sup>7</sup>. El hecho de combatir sin ninguna estrategia a algunos cárteles de la droga y no a otros, también genera suspicacias que no pocos han señalado enfáticamente. Al mismo tiempo existe también un destinatario de esta violencia del Estado, que no aparece en las intenciones explícitas de los discursos de los actores políticos. La decisión de escalar el enfrentamiento con la delincuencia organizada suena también como una acción que busca intimidar y criminalizar las protestas sociales, cercar a los movimientos sociales y persuadir a los grupos en resistencia de abstenerse de manifestarse públicamente. Las instituciones encargadas de la procuración de justicia –incluida la Suprema Corte de Justicia– han mostrado esta tendencia en sus acciones, y como un ejemplo demoledor tenemos el caso de las sentencias a los luchadores sociales de la Comunidad de San Salvador Atenco que rebasan los cien años, mientras los capos de los cárteles procesados reciben sentencias menores. Parece, por lo tanto, más grave manifestar inconformidades de manera pacífica y en defensa de los intereses de una comunidad en rebeldía que asesinar policías, miembros del ejército, cercenar cabezas y corromper a funcionarios del gobierno, diputados federales y locales, e integrantes de partidos políticos.

<sup>5</sup> Revista *Proceso*, núm. 1706, 12 de julio de 2009.

<sup>6</sup> *Idem*, p. 8.

<sup>7</sup> *La Jornada*, 14 de julio del 2009, p. 5.

Así, la criminalización de la oposición y de los movimientos de resistencia es otra de las medidas impopulares del Estado que aparece como una tendencia irreversible y que afecta directamente a los ciudadanos en sus derechos fundamentales.

En suma, en estos frentes el Estado libra varias batallas. La más evidente, la que se destaca en la prensa y es más visible, es la que tiene que ver con el combate al crimen organizado. La respuesta de los afectados no se ha hecho esperar, y en los hechos lo que estamos presenciando son guerras declaradas entre los diversos bandos en una lucha sin cuartel.

Otro ángulo de lectura sobre este escenario que caracteriza nuestro presente está relacionado con la ausencia de normas o principios que pudieran ser respetados por cualquiera de los bandos. En las guerras entre estados-naciones existen al menos cierto tipo de reglas que se han construido en el seno de convenciones internacionales que impiden que se lleven a cabo cierto tipo de actos inhumanos como los de la tortura y la degradación del enemigo, atacar poblaciones civiles y no respetar zonas libres de beligerancia. Sin embargo, en la lucha entre cárteles, y entre éstos y el Estado, no ha habido ningún límite. Todos los días amanecen decapitados y cuerpos mutilados que tiñen las páginas de los periódicos de un tipo de violencia nunca antes visto. Las víctimas de estos enfrentamientos alcanzan a la población civil y a sectores vulnerables.

Además de esta escalada del conflicto están también los grupos delictivos que en su mayoría están formados por ex-policías o policías en activo, que han descubierto una forma muy rápida de acumular poder y riquezas. El llevar a cabo secuestros y esperar una recompensa son también delitos de larga historia. La novedad de estas acciones criminales consiste en secuestrar a menores, mujeres o personas indefensas por las que se pueda esperar que la operación de obtener el rescate sea más expedita.

En medio de esta ola de acciones que van desde el asesinato, desaparición forzada, levantones y secuestros, el escenario se ha convertido en un campo de batalla. El tema de la seguridad en estos días ha dejado en segundo plano incluso los asuntos de interés nacional que se estaban debatiendo en los últimos meses (la reforma energética, entre otros, por no hablar de la actual crisis económica).

Ante este clima de violencia, el gobierno actual no sabe qué hacer. Sólo se le ocurre llevar a cabo reuniones en donde se elaboran buenas intenciones y programas de combate a la delincuencia y a la impunidad, sin ningún futuro. Más aun, algunos de los encargados de combatir la impunidad son también figuras políticas que tienen una larga historia en el ejercicio de actos ilícitos y han sido señalados reiteradamente como personajes que tienen larga cola que les pisen. ¿Combatir a la impunidad desde la impunidad? Llama fuertemente la atención las detenciones de los propios

responsables de combatir el crimen organizado, acusados de vender información al enemigo<sup>8</sup>.

Este salto cuántico de la violencia nos sorprende porque siembra el terror y abre las compuertas de lo inexplicable. ¿Por qué matar civiles, personas inocentes que no tienen nada que ver con cárteles de la droga, ni policías o militares? Así, contamos con otro indicador que nos confirma que estamos entrando inevitablemente en una espiral de violencia que no parece tener fin.

La sombra del narcoterrorismo se hizo presente el 15 de septiembre del año 2008 en Morelia, Michoacán. Por primera vez el pueblo es el objetivo de un atentado cuando dos granadas explotaron en el centro de una multitud reunida para festejar la Independencia. Siete muertos y cientos de heridos es el saldo de este acto terrorista que escala el clima de violencia de manera exponencial y hace pública la presencia de fuertes disputas por apoderarse de la “plaza” Michoacán<sup>9</sup>.

Ante este escenario plagado de infamias e infortunios, los ciudadanos estamos en calidad de rehenes de una situación que nadie controla. Vivimos casi como una realidad cotidiana una cultura que promueve la impunidad y que hace caso omiso de los actos delictivos que cometen las autoridades encargadas de combatir la delincuencia. Así, nuestra primera condición como ciudadanos se puede definir como un estado de indefensión como punto de partida.

¿Qué ha cambiando en nuestro país y en nuestra cultura política en los últimos cuarenta años? Si bien el saldo se puede leer como una derrota de los movimientos sociales que pugnaban desde aquellos años por una sociedad democrática, una derrota que fue sembrando miles de muertos a lo largo de represiones, guerras sucias y asesinatos de luchadores sociales y líderes obreros y campesinos, también podemos afirmar que en el proceso se han sembrado algunas de las semillas que han ido germinando poco a poco, paso a paso. Es decir, paralelamente a este proceso de descomposición de la vida política en nuestro país han hecho su aparición diversos movimientos sociales que a pesar de todos los obstáculos, represiones y violencia del Estado, siguen vivos y luchando por cuestiones muy concretas.

Desde la década de los ochenta supimos de la existencia de la sociedad civil. Es decir, la sociedad civil existe a partir de un proceso de maduración de la cultura política que tuvo como punto de partida los movimientos sociales de la década de los sesenta. Si bien no podemos decir que la sociedad civil haya logrado incidir de manera relevante en propiciar condiciones de posibilidad para una verdadera democracia, el movimiento de los ciudadanos no se ha extinguido.

<sup>8</sup> *La Jornada*, 28 de octubre del 2008, p. 1.

<sup>9</sup> *El Universal*, 16 de septiembre del 2008, p. 1.

En otras palabras, podemos decir que los ciudadanos de este país hemos quedado en una cierta orfandad política que nos hace dudar sobre las condiciones de posibilidad para establecer un contrato social que pueda ser respetado por todos los actores políticos. En este sentido, el país se debate entre una gran efervescencia de problemas económicos, políticos y militares. El rumbo como nación no podrá tomar cauce mientras no se cuente con un árbitro imparcial y un estado de derecho hoy sumamente cuestionado e inestable. Esto, entre otras cosas, representa un retroceso sin precedentes en la supuesta modernización política y nos vuelve a colocar en un escenario que creíamos haber superado. Por ello, parece inaplazable hacer una reflexión sobre los posibles escenarios que esperan irremediamente a los mexicanos en los próximos meses y tal vez años. Es decir, la sociedad mexicana está en medio de un proceso de transición que no sólo definirá el proyecto a seguir por los siguientes años, sino que marcará tendencias para otros países de la región.

En este contexto, parece que corresponde a los ciudadanos construir nuevas condiciones para hacer posible el consenso entre la mayoría de los actores sociales. Aquí y ahora, estos sujetos sociales tienen la tarea de hacer propuestas que representen los intereses de la sociedad civil mexicana.

En otras palabras, los ciudadanos mexicanos estamos inmersos en una situación social que nos convoca a reflexionar sobre nuestra situación y abrir los caminos para la participación política y la construcción de un nuevo contrato social. Esta participación no sólo se refiere a la expresión de preferencias políticas o a comportamientos políticos en los procesos electorales, sino que alude a toda una amplia red de significaciones sociales que se asientan tanto en comportamientos públicos como en los espacios cotidianos. En la vida social, como en la vida personal, hay que construir nuevos referentes y contenidos que impriman una idea de sociedad que emane de las relaciones interpersonales, de las relaciones de la pareja, de la familia y de los grupos de referencia en los que participamos. En otras palabras, se trata de cultivar nuevos imaginarios sociales que le impriman a las formas de participación política nuevos significados e inauguren nuevos espacios del quehacer político.

## **Nuevos imaginarios sociales. Visibilidad y pertinencia de la subjetividad en las ciencias sociales**

Es imposible sustraerse a la realidad objetiva de que las condiciones de posibilidad para enfrentar con éxito la embestida del Estado y otros actores sobre los ciudadanos no son

muy halagüeñas. Sin embargo, la sociedad civil y las acciones de resistencia de amplios sectores de la ciudadanía han ido construyendo espacios paralelos de lucha política que incluyen tanto la formación de colectivos que se oponen a las acciones políticas del gobierno actual, como la inauguración de espacios que posibilitan las expresiones de descontento que se asientan en el ámbito de imaginarios sociales instituyentes<sup>10</sup>.

Esta esfera de lo político aparece en las discusiones actuales como un tema novedoso, aunque en realidad ha estado presente desde siempre. En todo caso, se puede decir que las expresiones de la subjetividad social son hoy más visibles y por ello aparecen con más frecuencia en los análisis que sobre la sociedad llevan a cabo analistas políticos y científicos sociales en sus estudios. Así, con el afán de construir una cierta inteligibilidad de los procesos sociales, se acude cada vez con mayor frecuencia al análisis de lo que se siembra en los imaginarios sociales de los ciudadanos como espacios de proyección de futuros posibles.

No quisiera detenerme aquí a hacer un recuento de lo que ha significado la inclusión de la subjetividad en los temas abordados por diferentes ciencias sociales a lo largo de la historia. Tampoco contamos con el espacio para abordar los aportes de las disciplinas que desde un principio asumieron una cierta indivisibilidad en lo que se refiere a la naturaleza de sus objetos de estudio. Lo que considero más pertinente es mencionar el hecho de que a pesar de la situación crítica por la que atravesamos los ciudadanos en estos momentos de incertidumbre, podemos afirmar que existen condiciones para construir nuevos imaginarios sociales que se sobrepongan al miedo y que pugnen por un proyecto de sociedad democrático y moderno en donde la justicia y la libertad sean un punto de partida.

Para avanzar en una lectura de estos espacios de la producción de nuevos imaginarios sociales y de nuevas culturas políticas, sugiero aceptar el hecho de que hoy asistimos a la emergencia de nuevas oportunidades para desplegar respuestas creativas ante los saldos negativos y malos presagios que se desprenden de los escenarios del presente. A pesar de todo lo vivido en los últimos años, podríamos decir que la sociedad mexicana de nuestros días está viva, es más conciente y más participativa. Esto habrá de quedar inscrito en las nuevas culturas políticas que aparecerán en los escenarios políticos de los próximos años. Las condiciones de posibilidad para que estas culturas políticas incluyan también los contenidos y significaciones de los imaginarios sociales que hemos construido en las últimas tres décadas, están a la vista.

Las expresiones políticas de esta nueva etapa no sólo aluden a la franca oposición a los modelos económicos que

<sup>10</sup> Castoriadis, Cornelius, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1988.

se han refrendado mediante el fraude electoral, sino que también aluden a otros espacios de la cultura y la educación. Incluyen propuestas creativas que intentan generar acciones de resistencia como las de defensa del medio ambiente, organización de boicots a empresas privadas e instituciones públicas que violan derechos fundamentales de los ciudadanos, y protestas que ironizan la cultura política de los grupos derechistas.

En este sentido y ante la presencia de un elevado nivel de descomposición de los aparatos del Estado que ha traspasado los niveles de tolerancia de la sociedad, los grupos contestatarios y los movimientos sociales emprenden una serie de acciones que buscan construir las condiciones de posibilidad para hacer posible una nueva cultura política que intente erradicar la impunidad, la infamia y la corrupción de los grupos y actores sociales dominantes que actúan al amparo y bajo la protección de las instituciones del Estado.

En los espacios de la cotidianeidad se librarán también muchas batallas que harán eco de lo que ha sucedido a la sociedad en su conjunto, y que abonarán a la construcción de culturas políticas en los espacios microsociales. Toda vez que hemos aprendido que todo lo privado también es una expresión de lo público, podemos decir que el proceso de politización de la sociedad mexicana no sólo se manifestará en las calles y plazas, sino que a la vez se hará visible en las relaciones interpersonales, familiares, en los ámbitos laborales y en los espacios relacionados con la cultura y la vida diaria.

Dentro y fuera de las instituciones estarán los escenarios cotidianos de una interminable batalla que se librarán también en los espacios de la subjetividad social de mil maneras distintas. Una de las posibles virtudes de una revolución pacífica es la creación de nuevos imaginarios sociales que propiciarán sin duda una sociedad más atenta y dispuesta a luchar por sus derechos civiles en el ámbito de la vida pública, y una mayor conciencia sobre la significación de los actos y actitudes que se realizan en los espacios de la vida familiar, comunitaria y grupal.

Algunas de las expresiones sociales y psicosociales que aparecerán sin duda en los escenarios de las luchas por venir tocarán aspectos concretos, como por ejemplo la oposición de la sociedad civil a la participación del clero en la vida política, la resistencia a que sean introducidos contenidos religiosos en la educación pública, el rechazo a la censura e intolerancia en contra de las minorías sexuales y, en términos generales, la guerra en contra de la derechización de la cultura y la intervención del Estado en los asuntos privados.

Otras repercusiones de la existencia de una sociedad en resistencia será la negativa de los ciudadanos a ser considerados como ciudadanos de segunda, agentes políticos sólo cuando existen procesos electorales. La idea de la clase política gobernante de que los mexicanos somos algo así como una comparsa anónima y pasiva que aplaude

indistintamente y acriticamente a los actores políticos que pueblan el escenario de la vida política, está en proceso de extinción. Estamos todavía muy cerca de los acontecimientos que han propiciado esta explosión de la conciencia ciudadana, y tal vez no podemos ver claramente cuáles serán las repercusiones a largo y mediano plazo. Sin embargo, sabemos que hoy los movimientos sociales están en la calle y no se necesita ser analista o especialista para darse cuenta de que los escenarios políticos han cambiado. Este cambio está presente sobre todo en los propios ciudadanos, que ante la imposición y la impunidad están dispuestos a emprender el arduo camino de la lucha política en todos los frentes en que se les requiera.

La imaginación y la creatividad de estos actores sociales encontrarán aquellos espacios y momentos en los que puedan expresar su malestar. Las nuevas formas de participación política abarcarán espacios que en otros tiempos no nos imaginábamos. Las protestas y la construcción de colectivos para luchar por demandas concretas serán tal vez los pasos que a mediano plazo harán visible el nuevo rostro de la sociedad civil mexicana<sup>11</sup>.

Finalmente, veremos cuáles son los frutos de varias décadas de lucha de los movimientos sociales en México. El hecho de que no se haya conseguido que un candidato de centro izquierda ocupara la presidencia de la República, no desanimará a los millones de mexicanos que están dispuestos a seguir adelante y lograr imponer un nuevo modelo de país. Una lectura parcial sobre los resultados de las pasadas elecciones del 5 de julio podría ser que la ciudadanía se opone a las políticas y acciones militares que está llevando a cabo el Partido Acción Nacional y Calderón en su lucha contra la delincuencia organizada.

Mientras tanto, veremos expresiones ciudadanas de resistencia pacífica que nos recordarán una y otra vez que algo está podrido en el ámbito de la vida política nacional. Ríos de tinta correrán por los medios independientes y críticos que seguirán denunciando los abusos de poder y las redes de delincuencia que actúan bajo el amparo del poder. La impunidad será mucho más visible y cada día la sociedad civil se hará más conciente de los costos que los dueños del país tendrán que pagar tarde o temprano.

Las concentraciones masivas volverán una vez más a ocupar las plazas y calles para defender el patrimonio nacional, las empresas públicas o las instituciones democráticas. También veremos amplios movimientos ciudadanos en defensa de la educación, la cultura y los valores de una sociedad que se atreve a mirarse a los ojos y expresar su malestar abiertamente, tanto en los espacios públicos como en los privados.

<sup>11</sup> Véase la propuesta de Félix Guattari en *Las tres ecologías*, Valencia: Pre-Textos, 1990.